

LA ULTIMA DERROTA

por Josefa Osuna Márquez

Hace días vienen varios hombres a casa y hablan un buen rato con Cihuacoatl. Deben planear algo importante al ver la seriedad con la que hablan. Cuando se marchan. Cihuacoatl no dice nada, no me mira y parece olvidarse de que existo. Esto sucede desde que los hombres blancos ocupan la Gran Tenochtitlan y Moctezuma ya no es emperador.

Esta mañana me ha dicho que pronto nos iremos y que empiece a preparar las cosas para marchar. Ahora sé de qué hablaban cuando se reunían. Pienzan irse lejos de aquí y fundar otro imperio, pero ¿a dónde?, no podemos irnos y llegar a donde haya otro pueblo establecido, y luchar para ocupar el lugar, somos pocos y no lo lograríamos. Ya no es posible hacer lo que hizo nuestro pueblo cuando luchó y fundó el reino de México—Tenochtitlan sobre la herencia de los pasados reinos de Tula y Teotihuacán, frente a los cuales nosotros somos unos usurpadores. Un día también fuimos extranjeros y conquistadores en esta tierra. En eso nos parecemos a Cortés. Nuestro imperio puede morir, como murieron los imperios anteriores a nosotros; como morirá el imperio que aquí funden los españoles. Por eso quieren irse, para salvar lo nuestro, nuestros dioses, nuestras costumbres, nuestra libertad.

No buscaremos al águila posada sobre un nopal devorando a una serpiente, como lo hicieron nuestros antecesores; buscaremos un lugar lejos de todo aquello que nos pueda dañar, lejos de aquí, pero no cerca de Yucatán y Tabasco, que también están ocupados por los españoles.

Cihuacoatl dice que iremos hacia la tierra de los antepasados de Moctezuma Xocoyotzin, iremos a Itzcateopan, tierra de Itzcoatzin. Ahí surgirá de nuevo lo que amenazó con perderse, nacerá un nuevo imperio que nunca morirá.

Todo está listo para que salgamos esta misma noche. Lo han decidido así para que no seamos vistos por los españoles. Primero iremos un pequeño grupo para encontrar el lugar apropiado y posteriormente regresará alguno de nosotros para guiar a los demás.

Somos sólo 6 mujeres y 13 niños los que marcharemos hoy con 34 hombres. Yo no quisiera irme de aquí, pero es mi deber de esposa acompañar a Cihuacoatl y además es necesario, pues cuando lleguemos harán falta mujeres para la organización de nuestros hogares, ya que los hombres se encargarán de levantar la ciudad.

Tengo miedo porque no sé lo que nos espera, pero confío en el futuro cuando Cihuacoatl me transmite su fortaleza. Afirma que los dioses no pueden abandonarnos y que nos acompañarán siempre, ya que todo lo hacemos por ellos.

Pensando en ello ha llegado la hora de irnos. Cargamos nuestro equipaje y salimos de nuestra casa, que lo fué por 20 años, fue en ella donde amé a mi esposo, donde nació y murió mi hijo, donde fui feliz y desdichada, y donde siempre quise morir.

Caminamos hasta el lugar de la cita donde están todos; Cihuacoatl habla con uno de ellos y ambos encabezan la marcha. Los demás los seguimos. El cielo, que se refleja en las aguas del lago, está muy estrellado, la luna casi llena, nos ayudará a seguir el camino durante la noche.

Después de varias horas de caminar, paramos a descansar un poco. Los niños más pequeños lloran pues están cansados y quieren dormir, pero tenemos que continuar; me ofrezco para cargar a una pequeña que ha sido vencida por el sueño, ya que su madre tiene que atender a sus otros hijos y no puede ocuparse de ella. Yo me haré cargo durante el viaje, así lo convenimos la madre y yo.

Amanece y caminamos durante toda la mañana deteniéndonos pocas veces para comer y beber. Al atardecer acampamos en un lugar resguardado para dormir. Seguiremos al día siguiente.

Pasa el tiempo y los días transcurren iguales.

Durante el camino la vegetación cambia constantemente, va desde bosques hasta zonas áridas, así como también selvas tropicales.

Subimos y bajamos montes bajo el crudo sol, atravesamos ríos y seguimos caminando sin ni siquiera hablarnos, sólo pensamos; pero no perdemos la esperanza de que llegue el día en que nuestro reino esté completamente a salvo.

Ya hace 6 días que salimos y Cihuacoatl dice que estamos cerca. Ahora sólo tenemos que buscar lo que deseamos: un lugar con altura diáfana, cerca de la transparencia del cielo, lejos de las murallas del mar y de las fronteras del desierto.

Atravesamos la sierra cubierta de un espeso bosque. Mientras descendemos los pinos se cambian por cedros y su aroma envuelve el ambiente, desde aquí vemos un pequeño valle y enfrente se alzan unas grandes moles de piedra, son las montañas más altas que rodean al valle.

Llegamos hasta él y descansamos a la orilla de un río; es de noche y hay que dormir, pero antes Cihuacoatl ha convocado una junta en la que quiere estemos todos presentes.

—Hemos llegado— nos dice —, lo que buscamos está aquí.

Señala hacia las grandes montañas de piedra, cuyas negras siluetas se recortaban en el cielo.

—Desde ahí podremos defendernos de cualquier invasión y así nuestra ciudad nunca será conquistada.

Todos miran hacia donde se dirige el dedo de Cihuacoatl. Yo lo veo a él y distingo en su rostro la alegría, la ilusión y la fuerza.

Todo está bien, podré dormir tranquila.

Hace un mes estamos aquí. Las cosas no van como las habíamos planeado. Aquí arriba no hay agua y necesitamos bajar muchas veces para abastecernos de ella. Tampoco hay suficiente tierra para cultivar y lo único que crece son nopales y algunos árboles sin frutos. En cambio en el valle el agua es abundante, hay gran cantidad de árboles, tanto frutales como madereros. ¡Qué diferente sería nuestra vida allí abajo. Pero Cihuacoatl dice que es necesario permanecer aquí, pues éste es un lugar estratégico.

Han empezado a construir las pirámides para los templos de nuestros dioses: Tonatiuth el sol, Ehecatl el viento, Tlaloc la lluvia, Huitzilopochtli el dios guerrero, Tezcatlipoca la noche y tantos otros. .

Hemos enviado a un hombre para que traiga hasta aquí a los que se quedaron en México—Tenochtitlan y en estos días deben de estar por llegar.

Todo se está acabando. Desde que llegaron los demás de Tenochtitlan han traído algo maldito con ellos. No sé lo que es, pero la gente se muere y no podemos hacer nada. Ya quedamos pocos; y ahora yo también tengo la enfermedad, la fiebre se apodera de mí y pierdo el conocimiento. Voy a morir sola ya que Cihuacoatl murió, no sé cuánto tiempo hace porque ni siquiera puedo distinguir el día de la noche. Estoy desesperada, el cuerpo entero me pica y tienen que amarrarme las manos para no arrancarme las costras que me cubren.

Las construcciones han sido suspendidas. Ya nadie piensa en seguir con la misión que nos fijamos. Todo se perderá, los únicos que podíamos salvarlo éramos nosotros y ahora nos estamos acabando. ¿Qué queda de aquel pueblo querrero?, ¿qué queda de la Gran Tenochtitlan?. No somos nada. Hemos sido derrotados.